

Hierro viejo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: © IndiaUniform / iStock / Getty Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Marto Pariente, 2024

Autor representado por Editabundo, S. L., Agencia Literaria

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-19942-71-5

Depósito legal: M-3.773-2024

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Marto Pariente

## HIERRO VIEJO

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

## Índice

Coveiro	13
Aviso a navegantes	18
Un payaso entra en un bar...	23
¿Nicho o agujero?	31
Dios solo es el crupier	35
Ahí lo lleva colgando el galgo	38
Tierra blanda donde enterrar los recuerdos	45
La flor y nata de las sardinas en lata	48
Sra. y Sr. Bobby	54
Las peores mentiras se las cuenta uno mismo	58
Menos velas y más estacas	61
Bocanadas	65
El bautizo de un tal Romy Lisandro	67
Saber de qué va la vaina	70
Un tipo con suerte	74
Más vale morir a tiempo que rondar un año	77
Algo parecido a la nostalgia	80
Buen viaje, hermanito	83
La última copa	88
Recuerda el general González Galán	92
Retahíla	96
Un billete de cincuenta tiene la culpa	99
Tengamos la fiesta en paz	103

Era un mal fantasma	107
Tanto descanso llevéis como paz dejáis	111
Dudas razonables I	115
Llovizna de lumbre	118
El blum, blum de las ruedas	122
Marco, amado hijo, 1975-2019	125
¿Es usted nuevo en la ciudad?	127
Trileros, salchichas frescas y jaco	130
El cenagal	135
Dormir la mona	140
¡Ah del castillo!	143
Un ático con vistas	145
Hotel California	148
El mapa de la India	154
Dudas razonables II	158
El Chuli, el Pai y el Cabra	161
Luz ambiente	165
Gente del gremio	167
La historia de un tal Ramsés el Mago	170
Pulpos y corbatas	174
Un borrón a carboncillo	176
Lo que pasa en Las Vegas	180
Viejos conocidos	184
Hierro viejo no suelda bien	187
Ver el mundo arder por el rabillo del ojo	191
El baile de las sillas	195
Solo un viejo motivado	198
Al final se llega con traje de madera	200
Epílogos	204

*Para Manolo.  
Sonríe, guerrero, allá donde estés*

*Los días del agua están contados,  
pero no así lo días del barro.*

ENRIQUE LIHN, «Barro»

*Un golpe de ataúd en tierra es algo  
perfectamente serio.*

ANTONIO MACHADO,  
«En el entierro de un amigo»

## Coveiro

El viejo sepulturero de Balanegra aún tardaría un par de horas en deshacer el camino de vuelta a casa. De vacío. Lo recorrió sin prisa, con el sol de la mañana a su espalda cada vez más alto encogiendo su sombra. Bordeó la hondonada y abandonó las estribaciones de la sierra donde las zarzas negruzcas y la oscuridad del granito y la pizarra daban paso al dorado de la siega salpicado de encinas. Al cabo de unos minutos, colina abajo, los angostos pasos de animales y los húmedos pedregales bajo la maleza terminaron por desaparecer. En su lugar, anduvo por la linde de un campo de cultivo, con la paja del trigo empacada a la espera de ser recogida. Se detuvo y se acomodó la cincha de la escopeta en el hombro. Colocó la punta de la lengua bajo los paletos, escupió seco por entre los dientes y se limpió con la manga de la camisa el sudor de la frente.

Llevaba más de una semana siguiendo el rastro y, a pesar de haber tenido al animal a tiro, volvía a casa una vez más con las manos vacías. Se preguntaba si hacerse viejo equivalía a volverse blando.

¿Qué diablos se supone que ha pasado ahí arriba?

Quería pensar que nada, al menos nada grave. A su edad no le gustaría comenzar a despachar fantasmas en mitad de la noche, fantasmas con nombre y apellido. Sabe de gente



así. Historias de tipos a los que se les ha ido la chaveta por completo mucho tiempo después de cambiar de vida.

Intentó no darle más vueltas.

Ya, pero lo cierto es que no has disparado, se dijo.

El campanario de la iglesia del pueblo comenzó a des-puntar a lo lejos sobre la arboleda del valle. Llegó a la orilla del río. Se acuclilló y se mojó la frente y la nuca, y haciendo cazoleta con la mano se llevó agua a la boca y después la escupió. La culata de la escopeta descansaba sobre las piedras descargando el peso del arma.

Estuvo así un buen rato. Miró cómo su reflejo se desgajaba en la corriente de agua como si el río quisiera borrar cualquier rasgo de humanidad.

El viejo sepulturero salía con el morral, el cuchillo de desollar y la escopeta cada día antes del amanecer y volvía a eso de las diez de la mañana. Siempre de vacío. Desde que se instaló en la casa del cementerio, y de eso iba ya camino del año, no se había cobrado una sola pieza. Nada. Ningún corzo, ningún jabalí. A los animales de menor tamaño dejó de dispararles hacía tiempo. Su pulso dejaba mucho que desear y, sin perro, eran difíciles de rastrear. Se negaba a disparar a conejos, zorros o liebres que se cruzasen por casualidad en su camino. Además, se justificaba a sí mismo diciendo que nunca había matado de aquella manera.

Nunca.

Y no pensaba comenzar ahora.

De manera que se centraba en las piezas grandes, en especial jabalíes. Primero seguía sus huellas, los rastreaba y, si tras una semana de seguir al animal este continuaba mero-deando la misma zona, intentaba darles caza. Una especie

de juego, de ley no escrita, con un código ético entre el cazador y el cazado. Entendía que si a los dos días no volvía a encontrar rastro del animal, es que no había hecho bien su trabajo.

Se incorporó, se ajustó el correaje al hombro y, tras cruzar el río por una vieja pasarela de madera quebradiza sin pasamanos, continuó camino del pueblo. Desde que se hiciera cargo del cementerio, a menos que hubiese un entierro a primera hora, y esto había ocurrido en contadas ocasiones, salía de caza todas las mañanas. Sin embargo, a pesar de haber tenido oportunidades más que de sobra, volvía de vacío a casa una y otra vez.

Estaba molesto.

Aquella mañana podría haber regresado con un jabalí o al menos con parte de él. De haber disparado, lo habría desangrado y despiezado allí mismo con el cuchillo. Se habría llevado los cuartos traseros y parte del lomo y habría enterrado el resto para evitar que se lo comieran los buitres.

Pero no apretó el gatillo.

Tras las lluvias de la semana anterior, remontando una ceja, vio las huellas del animal. El terreno embarrado lo había obligado a salir de la maleza y moverse por los caminos. La profundidad de las huellas indicaba que se trataba de un ejemplar grande. Más grande de lo habitual. Siguió el rastro hasta los pedregales y, un par de días después, el animal todavía rondaba la hondonada que había un poco más allá. Dormía entre las matas de zarzamora y escaramujo, en una oquedad del muro de granito que había bajo el promontorio que quedaba más al norte. Lo acorraló bajo

la lánguida luz del alba. El jabalí hostigado salió a su encuentro con la cabeza erguida y lo observó a una decena de metros, quizá algo menos. En mitad del claro. Estuvieron así un buen rato. El animal no hizo amago de arremeter y escapar. A simple vista no parecía tan grande, pero el viejo sepulturero no tenía dudas de que se trataba del animal que había estado rastreando toda la semana. Descolgó la escopeta, introdujo un cartucho en la recámara, acerrojó despacio haciendo el menor ruido posible y encajó la culata entre el pecho y el hombro. Dio una vuelta a la cincha en torno a su muñeca e intentó controlar el pulso.

No tiembles, viejo de los cojones, se dijo, ya casi está.

El animal no se movió. Apoyó el dedo en el arco del gatillo y cuando se disponía a disparar comprendió por qué el jabalí seguía inmóvil. Tras él aparecieron un par de jabatos. Gruñó y los empujó con el morro para que volvieran al agujero. Los jabatos trotaron torpemente y desaparecieron bajo las zarzas. Coveiro entendió entonces el porqué de las pisadas profundas en la tierra. Se trataba de una hembra, preñada. Las crías apenas tendrían cinco días. El animal seguro que había detectado la presencia del viejo hacía rato, pero no había huido de la hondonada porque estaba amamantado a sus crías.

El jabalí no tenía escapatoria, pero tampoco se decidía a arremeter contra el hombre. Solo un gruñido lastimero. De alguna manera, le daba a entender al viejo que se sacrificaba por su prole.

Por la cabeza de Coveiro se cruzó entonces un antiguo recuerdo, retiró el dedo del gatillo y apoyó la yema en el guardamonte.

Maldita sea, susurró.

Y abandonó la hondonada; sin dejar de encañonar al animal, retrocedió lentamente y se perdió entre los árboles por donde había llegado.

Cuando aparecieron las primeras casas del pueblo, se detuvo y oteó el horizonte hacia el sur por encima de los tejados. La silueta de una empacadora se desplazaba perezosa por los campos de cultivo. Cinco o seis kilómetros. No estaba seguro. Quizá ni siquiera fuese una empacadora. Su vista también dejaba mucho que desear.

Abrió la escopeta, extrajo los dos cartuchos y los guardó en el bolsillo de la camisa. El viejo sepulturero seguía dándole vueltas a lo ocurrido allí arriba y llegó a una conclusión: no apretó el gatillo porque, al ver al jabalí protegiendo a sus crías, recordó el nombre de una tal Rosalía Ott.